

Aldo Ferrer y el dilema económico de Argentina

CARLOS ABALO

Aldo Ferrer es, sin duda, una de las personas más autorizadas para proponer respuestas al laberinto económico argentino. Economista de gran prestigio, no es sólo un profundo conocedor de los problemas de ese país, sino también un experto en economía internacional. Además, cuenta con la experiencia de haber sido ministro de Economía de la provincia de Buenos Aires y, más tarde, del Gobierno nacional. Su trayectoria docente confiere a sus obras una gran claridad de exposición y un tratamiento ameno y pedagógico. En *Crisis y alternativas de la política económica argentina*,¹ Ferrer expone las limitaciones del populismo y el liberalismo que han conducido —cada uno a su manera— a un círculo vicioso imposible de superar. El análisis se detiene con la caída del último gobierno peronista, pero es indudable que sus conclusiones lo trascienden, pues el programa actual de la junta militar argentina se ciñe a los lineamientos tradicionales de lo que Ferrer identifica con el liberalismo. En los dos últimos capítulos del libro el autor examina el problema de la inflación con receso, tal como se manifestó en los momentos culminantes del régimen derrocado en marzo de 1976, y propone elementos de otro curso posible.

EL POPULISMO PERONISTA

Según Aldo Ferrer, el peronismo —que en Argentina constituyó la máxima expresión del populismo— orientó su política económica hacia los siguientes objetivos básicos: redistribución de ingresos en favor de los asalariados, expansión del empleo, ampliación de la esfera de influencia del Estado sobre el sistema productivo y desplazamiento del capital extranjero. Los instrumentos para lograr el cumplimiento de dichos objetivos son la política de salarios y los controles de precios y de cambios, apoyados por los subsidios; las tasas de interés negativas, en términos reales, y el control de las rentas urbanas y rurales. El aumento del ingreso real de los asalariados expande la demanda sin estimular la inversión, porque al disminuir la rentabilidad se reduce la capacidad de inversión, a pesar de las tasas de interés negativas y los bajos tipos de cambio. Por consiguiente, después de la expansión de la demanda se estanca el empleo en el sector privado. Al principio, la tendencia se compensa por el aumento de la ocupación en el sector público, aunque el mayor gasto no da lugar al incremento de la recaudación tributaria ni de los ingresos por la venta de bienes y servicios proporcionados por el Estado. El resultado es, por tanto, un deterioro de la posición financiera del Estado que excede la posibilidad de colocación de títulos en el mercado interno de capitales; entonces, el déficit pasa a ser financiado por el Banco Central y se produce una rápida expansión de los medios de pago.

1. Aldo Ferrer, *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1977.

La política cambiaria populista se basa en la sobrevaluación de la moneda nacional, lo cual promueve una redistribución de ingresos desde el sector agropecuario exportador hacia la industria y los asalariados, dado que el tipo de cambio efectivo de exportación determina el nivel de los precios internos de la producción agropecuaria de la región pampeana. Los bajos precios internos desalientan la producción agropecuaria pampeana que alimenta los principales rubros de la exportación. Los saldos exportables de la producción agropecuaria declinan mientras se reduce también la exportación industrial debido a los tipos de cambio sobrevaluados no compensados por los subsidios. Al mismo tiempo, el tipo de cambio sobrevaluado alienta las importaciones. El creciente déficit externo provoca el aumento de la deuda externa y la reducción de las reservas internacionales.

La disminución de la productividad media de la fuerza de trabajo —por el aumento del empleo improductivo del Estado—, la caída de las inversiones y la restricción de las importaciones por la crisis del sector externo, conducen a una disminución de la oferta de bienes y servicios, pero el gasto monetario se mantiene elevado por el aumento de los salarios y por la expansión monetaria destinada a enjugar el déficit presupuestario. En consecuencia, los precios reciben un fuerte impulso alcista. La aceleración de la inflación genera una dura lucha entre los distintos sectores por mantener o acrecentar su posición relativa en la distribución del ingreso y las tensiones sociales se agudizan.

La inflación se combina con la recesión cuando las autoridades, para hacer frente al aumento de los precios, restringen la liquidez frenando el crédito privado. Los precios aumentan con mayor rapidez que los medios de pago; por ende, el gasto de los consumidores se deprime. El crecimiento de las existencias en varias ramas industriales absorbe, en una primera etapa, la caída en el nivel de la demanda. Cuando las empresas empiezan a liquidar esas existencias para aliviar su situación financiera se retrae el ritmo de la producción y crece el desempleo. El proceso recesivo se agrava por la contracción de la inversión pública. En esa etapa, las grandes empresas están en mejores condiciones para obtener créditos y absorber la congelación de precios y el aumento de los costos, por lo que se produce una mayor concentración; paralelamente, a raíz de la aceleración inflacionaria y de la retracción de la inversión, se fortalecen las actividades especulativas.

Entre 1946 y 1951 el primer gobierno peronista siguió una firme política expansiva de redistribución de ingresos y de aumento de la participación del sector público pero en el último año mencionado estalló la crisis externa magnificada

por una sequía considerable que redujo 50% las exportaciones. En la segunda presidencia de Perón, interrumpida por el golpe militar de 1955, el Gobierno debió encarar una política de austeridad y de corrección del déficit externo sin modificar sustancialmente los fundamentos más generales del populismo.

DERROCAMIENTO Y VUELTA DEL PERONISMO AL GOBIERNO

El peronismo produjo una transferencia de ingresos desde el agro hacia la industria y los asalariados y aumentó la fuerza negociadora de los sindicatos. El excedente agrario financió la expansión del gasto público, la aplicación de la legislación social y parte de la inversión industrial. Al comenzar el decenio de los cincuenta, la participación de los asalariados en el ingreso nacional llegó a 46% (39% en 1946); el gasto público alcanzó una proporción de 29% del producto interno bruto (16% en 1946); el capital extranjero se redujo a 5.4% del capital fijo total existente en el país (15.4% en 1945), y los servicios de la deuda externa cayeron a 10% del valor de las exportaciones (31% en el período 1935-1939). Entretanto, la inflación fue creciendo hasta llegar a un valor máximo de 50% en 1951, y las reservas del Banco Central disminuyeron a 250 millones de dólares, diez veces menos que el nivel existente tres años antes.

El crecimiento industrial y la inserción de Argentina en el mercado mundial requerían otras reglas de juego. El proceso de sustitución de importaciones por parte de la industria liviana llegaba a su fin. La futura expansión industrial exigía grandes importaciones de bienes de capital y productos intermedios, porque el eje del desarrollo manufacturero se desplazaba hacia la industria de base. El país requería más inversiones, más energía y mejor tecnología, y también más divisas para superar el estrangulamiento externo, incrementar las importaciones y atraer capitales del exterior.

El peronismo dio algunos pasos en ese sentido. Los aumentos salariales se vincularon a la productividad, se trató de controlar la inflación, se modificó la actitud hacia el capital extranjero y se mejoraron significativamente los precios agropecuarios. En 1954 las exportaciones habían repuntado, el producto interno bruto (PIB) se había recuperado (fue 10% mayor que en 1952) y los precios mayoristas crecieron sólo 4%. Los resultados fueron verdaderamente exitosos, pero muchos de los problemas fundamentales apenas si se habían empezado a encarar y, lo que es más importante, la alianza de sectores que respaldó el ascenso del peronismo al poder no parecía que pudiera mantenerse por mucho tiempo.

El peronismo volvió al poder en 1973. En el ínterin el PIB había ascendido a cerca de 50 000 millones de dólares (30 000 millones en 1955) y la inversión bruta interna se duplicó, alcanzando un valor anual de 10 000 millones de dólares, aproximadamente. El desarrollo industrial se encauzó hacia un sistema fuertemente integrado con la estrategia de las grandes corporaciones. Muchas de las deficiencias tecnológicas fueron ampliamente superadas, pero el sector industrial generaba un fuerte déficit (de alrededor de 1 000 millones de dólares anuales) en las transacciones internacionales. La economía agropecuaria había registrado avances tecnológicos y de organización empresaria, pero la expansión de la producción y de las exportaciones resultaron

insuficientes y el país no pudo superar en esa etapa su vulnerabilidad externa y las crisis recurrentes. A la vez, el paso hacia una industria más intensiva en capital incrementó el desempleo a pesar del bajo crecimiento demográfico argentino.

La sociedad que votó masivamente el regreso del peronismo al poder en 1973 difería en mucho de la que había hecho posible su primer ascenso al gobierno en 1946. Los grupos marginales del interior del país y los trabajadores no organizados sindicalmente, que fueron su mayor apoyo en aquel entonces, constituían ahora una minoría. En lugar de ellos, la principal clientela electoral del peronismo estaba formada por los trabajadores organizados y las clases medias vinculadas a una estructura productiva mucho más compleja y tecnificada. El amplio eco con que el país respondió a la convocatoria de Perón requería una respuesta mucho más compleja que en 1946 porque en 1973 ya no era posible financiar la alianza de los obreros con las capas medias y los industriales por medio de una transferencia de ingresos desde el sector agrario o con las reservas internacionales. Según Aldo Ferrer, la situación internacional era, en 1973, más favorable para la posición negociadora de Argentina pero no sucedía lo mismo con la situación de coyuntura de la economía nacional dado que el desempleo era de 6%, la balanza de pagos en cuenta corriente era habitualmente deficitaria, el desequilibrio financiero del presupuesto superaba 3% del PIB, la inflación estaba en 80% anual —en medio de una gran lucha por la distribución de los ingresos— y el país había soportado poco tiempo antes una fuerte crisis ganadera.

Aldo Ferrer sostiene que en 1973 “las posibilidades de éxito de los objetivos tradicionales del peronismo [sobre todo la política redistributiva] eran limitadas o inexistentes”. Era —dice— mucho más difícil “reeditar las políticas de bajos precios agropecuarios y deterioro de la participación del sector rural en la distribución del ingreso”. La imposibilidad de promover estas transferencias de ingresos impedía compensar de alguna manera a los empresarios industriales por el aumento de los costos que se derivaría del incremento de los salarios y de la mayor participación de los trabajadores en el ingreso nacional. En un primer momento la expansión de la demanda fue absorbida con la utilización de la capacidad industrial instalada, pero inmediatamente después la política redistributiva afectó la tasa de ganancia, fomentó la violación del control de precios y facilitó el enfrentamiento entre los trabajadores y la burguesía industrial, los dos pilares sobre los que se basaba la alianza política que sustentó el regreso del peronismo al Gobierno. La redistribución comprometía la capacidad de acumulación, al mismo tiempo que se adoptaba una actitud de “hostilidad al capital extranjero sin una política de inversiones alternativa”. Entretanto, el estancamiento de la demanda de empleo en el sector privado se compensó con el incremento de la ocupación en el sector público, lo que produjo un rápido crecimiento de los gastos corrientes y un aumento del déficit presupuestario. El desequilibrio financiero del Tesoro, que en 1972 era de 3% del PIB, se elevó a 15% en 1976, provocando —también— una contracción de la inversión pública que se sumó a la del área privada.

El autor destaca que “el objetivo inicial de inflación cero” careció de realismo, en un contexto internacional de fuertes

aumentos de precio y en medio de las “severas distorsiones” que se aplicaron al sistema productivo del país. El éxito inicial de la lucha antiinflacionaria, sostenida por un sistema de control de precios, “engendró una inflación reprimida”. Para demostrarlo, Ferrer exhibe sus índices: 24% en 1974, 566% hasta fines de marzo de 1976 y 90% en los tres primeros meses del mismo año. El brote inflacionario fue acompañado por una caída del PIB y una pérdida relativa de ingresos para los asalariados, sobre todo a partir de mediados de 1975 en que se puso en marcha el plan económico del ministro Celestino Rodrigo.

Durante la etapa peronista se debilitó la influencia de los grandes propietarios territoriales, las grandes empresas y los inversionistas extranjeros, en favor de los asalariados, los profesionales y las empresas medianas y pequeñas de capital nacional. Empero, tanto en su versión de 1973 como en la experiencia anterior “el peronismo no propuso... un proceso revolucionario profundo”, sino una política reformista tendiente a mejorar las posiciones de los sectores mayoritarios de la sociedad sin salir de los límites de una economía mixta. Sin embargo, las reformas proyectadas entraron en contradicción con la necesaria preeminencia del sector privado en una economía mixta que pretendía dejar intacto el régimen de propiedad. La redistribución de ingresos y el desborde del poder sindical, sobre todo después de la muerte de Perón que tuvo lugar el 1 de julio de 1974, rompieron el equilibrio político y condujeron al debilitamiento de la acumulación privada sin que se alcanzara a proponer una nueva estrategia de acumulación de capital. Ferrer observa que el peronismo no puso en marcha una firme política encaminada a modificar la estructura de las inversiones y afirma que la nacionalización de los depósitos bancarios constituye un ejemplo “del carácter formalista que tuvieron buena parte de las medidas estatistas y nacionalistas del peronismo”. El Estado, por su parte, tampoco aumentó sus inversiones por su propia crisis financiera, su desorganización y pérdida de eficiencia, así como por el deterioro de la autoridad política del Gobierno.

EL LIBERALISMO AGRARIO Y EL NEOLIBERALISMO INDUSTRIALISTA

La política económica del liberalismo fue, para Ferrer, la contracara de la política económica populista. Los rasgos dominantes de la estrategia liberal descansan en la apertura de la economía y su integración a la economía mundial, en la concentración del ingreso para favorecer la acumulación y en el mantenimiento de la actuación del Estado dentro de límites compatibles con la preservación de los intereses dominantes. La concentración de la propiedad territorial en la pampa húmeda, extraordinaria productora de carne y cereales, y la división internacional del trabajo existente en las últimas décadas del siglo pasado, llevaron al liberalismo argentino a fomentar el desarrollo de la exportación, concentrando los ingresos en los propietarios territoriales y en las empresas extranjeras vinculados con el sector agrario pampeano, con el comercio exterior y con el sistema financiero que lo apoyaba. La Argentina anterior a la crisis mundial de los años treinta no podía clasificarse, según Ferrer, como un país subdesarrollado, sino como una nación *subindustrializada*. Empero, la crisis de los treinta destruyó las bases de la estrategia liberal sustentada en la expansión continuada de las exportaciones primarias.

El drástico cambio en la situación mundial y las modificaciones que tuvieron lugar en la estructura social y productiva del país, determinadas por la pérdida de importancia relativa de la producción agropecuaria pampeana y por el creciente peso político de la clase obrera, desplazaron a los liberales de la conducción económica y Argentina conoció la estrategia populista del peronismo. En 1955, cuando un golpe militar destituyó a Perón, los liberales volvieron al poder. Una vez que éstos tuvieron en sus manos el control de la política económica, se preocuparon fundamentalmente —como lo volverían a hacer más tarde— por dismantelar el poder del adversario y redistribuir ingresos en su propio favor. Sin embargo, el mismo bloque liberal ya no tenía la homogeneidad característica de la época preperonista. En la nueva etapa, Ferrer distingue dos vertientes dentro del pensamiento liberal: una, ortodoxa, que procura reinstalar al sector agrario como núcleo dinámico del proceso de acumulación; la otra, neoliberal, que trata de vincular la economía nacional a las corporaciones transnacionales.

Los liberales ortodoxos, vinculados a los intereses agrarios tradicionales de los grandes propietarios de tierra de la pampa húmeda, desplazan ingresos hacia ese sector y acercan la estructura de los precios internos a la de los internacionales. La devaluación produce una transferencia de ingresos hacia el agro pampeano debido a la mejora relativa de los precios de la producción exportable. Los liberales ortodoxos confían en la restricción de la oferta monetaria y en el equilibrio presupuestario como eficaces instrumentos de la lucha antiinflacionaria. El aumento de los precios relativos de los productos agrarios, es decir, de los alimentos, así como la política monetaria restrictiva, contraen los salarios y reducen la demanda, la producción y el empleo y, en muchos casos, las ganancias industriales. Sin embargo, los liberales ortodoxos no se preocupan demasiado por el mercado. El receso y el desempleo constituyen, para ellos, “instrumentos eficaces para dismantelar el poder de los sindicatos y de otras organizaciones empresariales ajenas al bloque liberal. La política de coyuntura se convierte, así, en un instrumento de la lucha por el poder”.

El objetivo de los neoliberales, en cambio, es que las subsidiarias de corporaciones transnacionales participen en forma en la estructura industrial argentina. Por esa razón sus sostenedores no procuran el dismantelamiento de la protección industrial ni la contracción del mercado interno. Los neoliberales tampoco buscan destruir los sindicatos ni disminuir de modo importante el peso de las empresas del Estado; en su lugar, tratan de controlar a los primeros y de aumentar la eficiencia del sector público. Las discrepancias fundamentales dentro del bloque liberal (entre los ortodoxos y los neoliberales) se plantean en torno a los precios agrarios. La defensa del mercado interno y de la acumulación en la industria concentrada obliga a los neoliberales a evitar los traslados de ingresos hacia el sector agrario; para los liberales ortodoxos ese traslado es esencial.

Ferrer señala que la estrategia ortodoxa liberal fue aplicada a la caída del gobierno de Frondizi, en marzo de 1962, y condujo al receso económico y al empeoramiento de la situación financiera de la Tesorería con un elevado costo social que terminó dividiendo a las fuerzas armadas. En

cambio, la política aplicada por el gobierno militar de Onganía a través del ministro Adalberto Krieger Vasena, en marzo de 1967, sería un ejemplo de la estrategia neoliberal. A pesar de su esfuerzo, los neoliberales no consiguieron atraer inversiones directas de capital extranjero pero redujeron la tasa de inflación, incrementaron la inversión pública, hubo una satisfactoria expansión del producto y los grandes propietarios de la región pampeana quedaron al margen de los beneficios de aquella política. En 1970, los ganaderos redujeron la oferta de carne; los precios internos subieron y las exportaciones cayeron. Bruscamente, confluyeron las reclamaciones de los trabajadores, la oposición de los ganaderos y la crisis de la balanza de pagos; los capitales de corto plazo, atraídos por la estabilidad monetaria y las altas tasas de interés, emigraron rápidamente al producirse los primeros síntomas de una nueva crisis externa y, con su huida, la precipitaron. Las grandes protestas populares se habían iniciado con el "cordobazo"; para enfrentar estas presiones, el gobierno militar tuvo que modificar su estrategia económica.

EL RECESO CON HIPERINFLACION

Para Aldo Ferrer, tanto el liberalismo como el populismo han conducido a Argentina a verdaderos callejones sin salida. La política ortodoxa liberal desencadena inevitablemente la recesión y el desempleo y margina al grueso de la población de una perspectiva de prosperidad económica, en un país de ingresos medios altos y en el que no existen contingentes relativamente importantes de mano de obra desocupada. Los neoliberales también conducen al desempleo y la marginalidad porque concentran la acumulación en industrias intensivas en capital y la exportación industrial no alcanza a compensar los mayores gastos de importación. Finalmente, el populismo lleva a la inflación y, por esa vía, se desemboca inevitablemente en el receso.

A lo largo de *Crisis y alternativas*. . ., la preocupación del autor es sistematizar, formular de alguna manera conclusiones generales válidas para el caso argentino. No siempre el método elegido parece ser el más conveniente pero la preocupación existe. De ahí que, en la última parte del libro, Ferrer haya dedicado un capítulo al examen de la experiencia de la inflación con receso. En primer término, rechaza la analogía con Alemania en el período 1921-1923, dado que en aquel caso estaba presente el efecto del pago de las reparaciones de guerra. Según Ferrer, el receso con el que culminó el proceso inflacionario argentino no se debió a una inflación de costos impulsada por aumentos en los salarios reales, ni a la aparición de una crisis sectorial capaz de transmitir sus efectos al resto de la economía, ni a una presión de la demanda excedente frente a recursos plenamente ocupados, ni a devaluaciones masivas para trasladar ingresos al sector agropecuario, ni a una contracción violenta de la liquidez y del gasto público con propósitos estabilizadores.

El autor llega a la conclusión de que el receso con hiperinflación fue generado por la convergencia de varios factores, entre los que destaca la reducción de la demanda por la caída de los salarios reales; la retracción de la inversión pública y privada por el deterioro de la posición financiera del Estado y la disminución de las ganancias; el retroceso de las exportaciones de manufacturas debido al incremento de los costos, y el desplazamiento de capitales

hacia las actividades especulativas. En su análisis acerca del receso y de las políticas encaminadas a combatir la inflación, Ferrer dedica especial atención al gasto público que suele tener una influencia traumatizante en el pensamiento de muchos sectores de la vida argentina. Según el autor, "el enfoque ortodoxo limita el nivel de la inversión pública a la existencia de recursos genuinos generados por el ahorro corriente de la Tesorería (exceso de ingresos sobre egresos corrientes), la capacidad de autofinanciación de las empresas públicas y los préstamos internos y externos que puedan conseguirse". Empero, la decisión de corregir el desequilibrio antes de impulsar la inversión pública mantiene a ésta en niveles bajos y, a su vez, desalienta la inversión en empresas privadas proveedoras del Estado. La devaluación, la caída de los salarios reales y la falta de una masa de créditos adecuada precipitan el receso.

La tesis subyacente en el análisis de Ferrer es que, contrariamente a lo que sostiene el pensamiento ortodoxo, la recesión no contribuye a erradicar la inflación. En definitiva, se trata de no perder de vista el problema del incremento de la productividad media de la economía. Por consiguiente, para atacar el desequilibrio fiscal con un enfoque antirrecesivo hay que poner en marcha una política dinámica de inversiones; además, sólo la expansión de la producción puede generar la capacidad contributiva imprescindible para acabar con el déficit.

Por el contrario, para Ferrer la política ortodoxa contra el desequilibrio conduce inevitablemente hacia la recesión y el desempleo, y sus efectos son igualmente nocivos si se aplican en forma gradual o a través de un *shock*. Se trata de dos políticas igualmente falsas, que sólo difieren en el grado pero no en la naturaleza de las medidas con las que se enfrentan al problema inflacionario.

EL FUTURO

Ferrer supone, acertadamente, "que la diversidad y complejidad de la estructura económica y social del país volverán a tener expresión en el plano político", por lo que será inevitable que "nuevos regímenes pluralistas de amplio respaldo popular volverán a insistir en la búsqueda de objetivos que corresponden a las motivaciones profundas de las mayorías nacionales". Por consiguiente, es necesario discutir y buscar "una política económica viable que promueva la acumulación y el crecimiento con la expansión sostenida del empleo y los salarios reales", a partir de un régimen pluralista y democrático.

Naturalmente, el libro no ofrece nada parecido a un programa económico, sino que se limita a señalar la incapacidad de las distintas versiones del liberalismo y del populismo para solucionar los problemas de coyuntura de la economía argentina con lo que obstruyen la posibilidad de encontrar una estrategia de desarrollo de largo plazo capaz de asegurar una mínima estabilidad social y política. Ferrer sostiene que, en la actual situación internacional, "la frontera de los posibles es mucho más amplia de lo que tradicionalmente pudo suponerse" y que la economía mundial marcha hacia el "agotamiento progresivo de la fase recesiva, el reinicio del proceso de expansión y un aflojamiento de las presiones inflacionarias". El último receso podría ser, de esa manera,

“una detención simultánea dentro de una tendencia de largo plazo de crecimiento rápido y fluctuaciones moderadas”. Si los factores de ese diagnóstico se combinan con “la excepcional dotación de recursos” con que cuenta Argentina para la producción agropecuaria y su mayor madurez industrial, puede pensarse fácilmente en una rápida expansión de las exportaciones. Esta permitiría superar la periódica insuficiencia de divisas que marca los momentos recesivos y superinflacionarios de su coyuntura económica. La cuestión inmediata sería, en estas circunstancias, *repartir* los costos del proceso de ajuste. Más adelante, para evitar un regreso al “círculo vicioso liberalismo-populismo”, habría que buscar mayor dinamismo y amplitud en el proceso de acumulación, fomentando la capacidad de ahorro del sector público y la movilización del ahorro popular.

El libro se cierra reafirmando el convencimiento que el autor ejerció desde la función pública, de que el Estado está llamado a ejercer el liderazgo del desarrollo económico, precisamente porque es la única entidad que puede contrapesar a las empresas transnacionales, cuyos intereses no siempre coinciden con los de los países donde se desenvuelven y cuyo gigantismo no es necesariamente sinónimo de eficiencia. El fortalecimiento de las estructuras de la economía mixta es compatible con la expansión del sector privado.

LA FALTA DE HOMOGENEIDAD DE LA CLASE DIRIGENTE O LA POLITICA DEL PENDULO

En el prólogo de su libro, Aldo Ferrer señala el carácter *pendular* de la política económica argentina de los últimos tres decenios. Dichas oscilaciones parecen corresponderse, en realidad, con oscilaciones en el poder porque ninguna de las fracciones que se turnan en su ejercicio tiene, en diferentes niveles, la fuerza suficiente para sostenerlo con estabilidad más allá de un determinado período. Cuando Ferrer se pregunta si no se puede superar el antagonismo inmerso en las políticas económicas contradictorias que periódicamente se desplazan unas a otras, lo que en realidad debería decir es si no hay una manera de conciliar ambas propuestas de poder. No es que una u otra política económica sean inaplicables, sino que ninguna de ellas ofrece una plena correspondencia con el cuerpo social del país o con el poder económico dominante, según se trate del liberalismo o del populismo.

El libro brinda una excelente síntesis de las modalidades de cada una de estas políticas en sus distintas versiones pero se debilita a medida que trata de sistematizar el “caso” de la hiperinflación con receso o de proponer otros caminos. Es posible que todo se deba a la inexistencia de un análisis a fondo del proceso inflacionario en Argentina. Vale la pena señalar que el tratamiento académico, particularmente el neoclásico, no arrojó ninguna luz sobre las peculiaridades inflacionarias de Argentina, pues dicho análisis sólo será válido y servirá para desentrañar lo que sucede en la estructura social del país, en la medida en que abandone el marco de intemporalidad que lo caracteriza y se vuelque al enfoque histórico.

La insuficiencia de los liberales y de los populistas se expresa en la inflación reiterativa pero ninguno de sus críticos ofrece una hipótesis sobre el problema. ¿No es tiempo

ya de abandonar las críticas generales e investigar con más profundidad aspectos inexplorados de la economía argentina y, particularmente, del fenómeno inflacionario?

Roberto Lavagna² señala con acierto la importancia que los liberales conceden al problema de los precios al formular sus políticas de ajuste y dice, cuando enumera algunos conceptos vertidos por el exministro Celestino Rodrigo en junio de 1975, “que el objetivo de las medidas es alterar el sistema de precios relativos de la economía, o dicho de otra manera, alterar las participaciones de los sectores productivos o grupos sociales en el ingreso nacional”.

A menudo sólo se tienen en cuenta las magnitudes de los precios, pero es indudable que su *estructura* debe importar tanto como su magnitud, porque la composición hace referencia al modo de producir el producto, y el modo de producir el producto es una forma de registrar su productividad.

LA INFLACION Y LA ESTRUCTURA DE LOS PRECIOS

Pongamos un ejemplo. La productividad comparada interesa especialmente en el renglón de la exportación, o sea, en los productos nacionales que salen al mercado mundial. Las principales exportaciones argentinas son de origen agropecuario. Entonces, ¿cuál es la producción agrícola por hectárea en Argentina, con respecto a Estados Unidos, Europa Occidental, Australia o Canadá?

En el mismo número de *Desarrollo Económico* en que Juan Carlos de Pablo hace la crítica del libro de Ferrer, Lucio Reca y Juan Verstraeten analizan la contribución de cada uno de los factores que intervienen en la formación del producto agropecuario argentino y llegan a la conclusión, a partir del análisis de distintas investigaciones, de que el producto agropecuario tiene en Argentina una elevada participación del factor tierra.³ “La participación del factor tierra en la formación del producto agropecuario argentino es aproximadamente seis veces mayor que el valor encontrado por Hayami y Ruttan⁴ en su exhaustivo estudio sobre los determinantes de la producción agropecuaria en 38 países.”

Según las cifras expuestas por Reca y Verstraeten, J. Tersoglio⁵ dice que en el período 1958-1961, la participación del factor tierra en el producto agropecuario era 52% en Argentina, en tanto que la participación de la mano de obra era 19%, la de la maquinaria 9% y la del ganado 10%. Aunque evidentemente las metodologías no son similares, destaca que en la encuesta de Hayami y Ruttan, para un total de 38 países, el factor tierra participa con 5.6%, la

2. Roberto Lavagna, “Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de posguerra (II)”, en *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 68, Buenos Aires, enero-marzo de 1978, pp. 654-664.

3. Lucio G. Reca y Juan Verstraeten, “La formación del producto agropecuario argentino. Antecedentes y posibilidades”, en *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 67, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1977, pp. 371-389.

4. Y. Hayami y Y. Ruttan, *Agricultural Development: An International Perspective*, The Johns Hopkins Press, citado por Reca y Verstraeten, *op. cit.*

5. J. Tersoglio, *Output Input and Technological Change in the Argentine Agricultural Sector* (tesis), Universidad de Purdue, Indiana, 1968, citado por Reca y Verstraeten, *op. cit.*

mano de obra con 33.5%, la maquinaria con 19.2% y el ganado con 19.1 por ciento.

Si los precios agrícolas internos se elevan a los niveles internacionales, en términos cuantitativos existe una similitud. Empero, en el caso argentino hay menos empleo relativo y menos gasto en insumos industriales y, por el contrario, una mayor retribución al factor tierra. La composición del precio es tan importante como su magnitud. Cuando hay subutilización de la tierra y escaso acopio de insumos industriales, a un mismo precio corresponde distinta productividad por hectárea. Aunque el precio sea el mismo, cuando predomina el insumo tierra una mayor parte del ingreso asume la forma de renta que no necesariamente se transforma en acumulación productiva de capital y, por consiguiente, en mayor productividad para el conjunto de la economía. Por el contrario, cuando una mayor parte del ingreso va a parar a la industria, el país exportador de productos agrícolas exporta manufacturas mediante la producción agraria y el ciclo del capital industrial abarca indirectamente al mercado mundial.

En ambos casos el precio es el mismo, pero el *uso* de lo obtenido por la venta del producto es muy diferente. Y ese uso tiene mucho que ver con la productividad del sector exportador, con la productividad media de la economía y con la estructura de los precios. La producción de productos exportables a precios internacionales pero con un nivel de productividad diferente, lo que implica un uso distinto de los ingresos de exportación, ¿no tendrá mucho que ver con el proceso inflacionario? Es evidente que la composición de los insumos está directamente vinculada con el nivel de productividad y con la estructura de los precios relativos, y de ahí a su relación con la inflación no hay más que un paso.

Esta larga disquisición sobre un tema que no trata el libro de Ferrer tiene su justificación en que las preguntas de éste llevan directamente al problema de la inflación. Es hora de que los análisis económicos faciliten la discusión teórica, no ya en términos generales, sino en la expresión histórico-concreta en que se presentan.

Ferrer, con su excelente libro, se propuso trazar las grandes líneas de las diferentes políticas económicas seguidas en Argentina, pero al sistematizarlas abrió el camino para una polémica más minuciosa. Juan Carlos de Pablo, al comentar el libro de Ferrer,⁶ insiste en preguntarse si este último no cree que la política del peronismo fracasó por su instrumentación y deja entrever que sus *consecuencias* aparecieron dos años después, como una "maduración" de la política económica iniciada el 25 de mayo de 1973. Atrás del juicio de de Pablo está el convencimiento de que la inversión está reñida con el populismo y que esa falta de inversión, unida a la "sobreexpansión" de la economía, condujo a la inflación y a la crisis en la balanza de pagos.

Lavagna muestra cómo la política liberal conduce a la redistribución del ingreso y a la acumulación pero no necesariamente a la inversión productiva. La política liberal no introduce cambios significativos en la estructura producti-

va de la economía, sino más bien una modificación en los precios relativos que promueve la actividad exportadora y redistribuye los ingresos. El acopio de divisas permite superar transitoriamente el problema de la balanza de pagos pero no eleva por sí mismo la productividad de la economía ni tampoco erradica la inflación.

Es obvio que el persistente desequilibrio presupuestario constituye un factor generador de inflación. Los liberales han esgrimido este argumento hasta el cansancio. Empero, aunque la inflación también subsiste con las políticas liberales, nadie se preocupó demasiado por encontrar consecuencias inflacionarias a la aplicación del programa liberal. Dada la vocación de este sector por el problema de los precios relativos y por la nivelación de los precios internos con los internacionales, en este comentario se pretende hacer hincapié en la posible raíz estructural de la modificación en los precios relativos. Lo que importa destacar es que el trabajo de Ferrer exige una continuación del debate en otro nivel de análisis. La exposición inicial ya se ha efectuado. Falta marcar los puntos en que la discusión es más necesaria y abrir la polémica alrededor de ellos sin los prejuicios que habitualmente empobrecen los argumentos de liberales y populistas.

La inflación, el mantenimiento de un tipo de cambio invariable y el déficit presupuestario no necesariamente conducen al desastre. La bambóleada economía internacional está llena de ejemplos al respecto. En su crítica a Ferrer, de Pablo vuelve incesantemente a encuadrar los mismos problemas a la manera tradicional, lo que no está de acuerdo con su forma audaz de exponerlos. Lavagna trata de desmistificar algunas verdades sagradas, tales como la asociación entre política liberal e inversión y señala que si bien Ferrer distingue entre las distintas corrientes del liberalismo, no hace lo mismo con el populismo, una de cuyas vertientes es, en realidad, una mala copia del liberalismo. Eso sucedió, por ejemplo, cuando el gobierno peronista modificó su política económica a fines de 1974.

Por último, para vincular el problema agrario con el de las diferentes políticas populistas, hay que señalar que Ferrer no marca en su libro el intento del gobierno peronista de promover otra política de inversiones mediante la ley de la renta normal potencial ya ensayada por Krieger Vasena en la época de Onganía. Asimismo, falta una evaluación profunda de los cambios introducidos en el intercambio comercial argentino, los proyectos de inversión con países socialistas o con ciertos grupos europeos y la promoción industrial que dio lugar a un tormentoso debate en el Senado cuyas raíces nadie exploró.

Ninguna de estas observaciones pretende disminuir la tarea realizada por Ferrer ni le quitan valor al libro. Un libro vale por lo que dice y también por lo que no dice, porque su imperfección incita a la polémica y lleva a profundizar la comprensión de la realidad. El libro de Ferrer es valioso por lo que dice; es oportuno por el momento en que lo dice y es estimulante porque la tarea de sistematización que él cumplió obliga a marcar sus limitaciones, a señalar sus omisiones y a delimitar el terreno en el que tendrán que desarrollarse ciertas polémicas teóricas, necesarias para despejar el camino a esta apasionante e inevitable tarea de comprender la realidad. □

6. Juan Carlos de Pablo, "Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de posguerra", en *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 67, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1977, pp. 511-520.